

UAN

IA AUTÓNOMA DE NUEV

23

CCIO

AL DE BIBLIOTE

THE

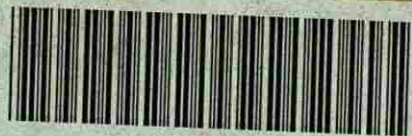
ERIC

THE
OUR H
ISTO A
HARE

PQ2623

.E6

H68



1020027023



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

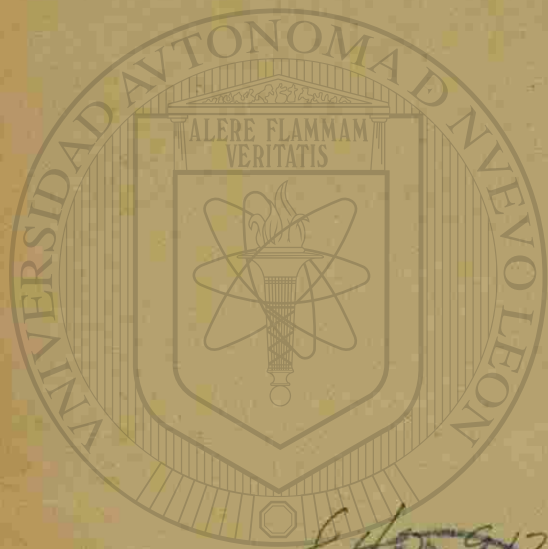


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



Núm. C. V. 840.912
Núm. Aut. 2617
Núm. Adg. 30434
Procedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

RICARDO COVARRUBIAS
FONDO

GASTÓN LEROUX

EL HOMBRE QUE HA VISTO AL DIABLO

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

TRADUCCIÓN DE
SANTOS LASSO DE LA VEGA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1525 MONTERREY, MEXICO

099555

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

20434

PQ 2623

E6

H68



ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tipografía Artística. - Cervantes, 28. - Madrid.



EL HOMBRE
QUE HA VISTO AL DIABLO



842
L.



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

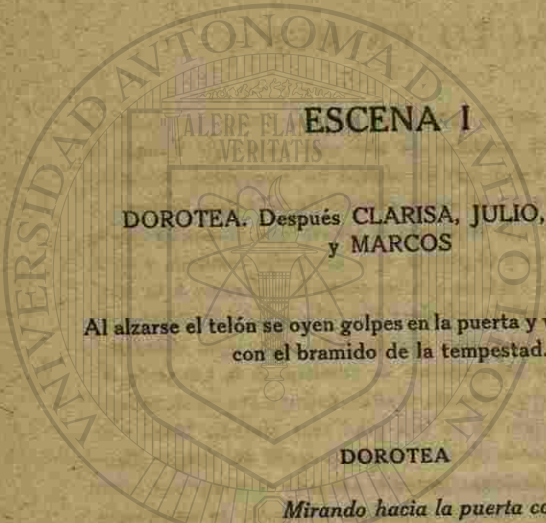
**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO PRIMERO

La decoración, que es igual para los dos actos, representa el amplio y vetusto comedor de una casa solariega. Cruzan el techo robustas vigas que el tiempo ha carcomido. Al fondo arde gran fogata en el vasto recinto de un hogar inmenso y señorial. Ábrese a la izquierda la puerta que comunica con la montaña. Próxima a la puerta, a la izquierda también, y en el segundo término, ventana con las maderas cerradas. A la derecha, en primer término, escalera que sube a las habitaciones de "El Hombre". En el fondo, a la derecha de la gran chimenea, la puerta de las habitaciones de servicio. A la izquierda de hogar, en la pared y haciendo chafán, hay una puerta de extraña forma, sobre la que se ve una gran cruz pintada. Mesa cuadrada, ancho butacón de alto respaldo cerca del fuego; sillas, banquetas. A la derecha, aparador adosado al muro. Los muebles son de añejo aspecto, sencillos, tristonos, un poco lúgubres; pero nada hay en la habitación de raro, chocante, extraño, exceptuada la puerta de la Cruz. Al levantarse el telón, en el primer acto, es de noche. Puertas y ventanas están cerradas, porque hace un tiempo infernal y el ventarrón sacude la vieja morada, haciéndola estremecerse hasta en sus cimientos. No hay más luz que la que presta el fuego del hogar.



ESCENA I

DOROTEA. Después CLARISA, JULIO, ANDRÉS
y MARCOS

Al alzarse el telón se oyen golpes en la puerta y voces mezcladas
con el bramido de la tempestad.

DOROTEA

Mirando hacia la puerta con desconfianza.

¿Quién llamará a estas horas?...

Acércase a la puerta con recelo.

¿Quién?... ¿Quién es?

VOCES

Fuera.

¡Abran! ¡Abran pronto!

MARCOS

¡Hay un herido!

[8]

PERSONAJES

CLARISA... Esposa de Andrés. Es joven, resuelta, viva
de genio y de maneras. Nada provinciano
en su aspecto. Traje de caza.

DOROTEA... Sirviente del Hombre, casi tan vieja como él,
pero ágil y activa aún.

EL HOMBRE. Arrogante anciano de ochenta años.

JULIO... Treinta y cinco años. Traje de caza sencillo y
elegante.

EL OTRO... Que se parece como un hermano a Julio.

ANDRÉS... } Bastos y macizos. Pesadotes y brutales de
MARCOS... } aspecto. Ricos propietarios montañeses de
la vertiente suiza del Jura. Trajes de caza.

GUILLERMO. Criado del Hombre. Treinta años.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1525 MONTERREY, MEXICO



MARCOS

*Dejando las escopetas y sacos cerca del lugar
donde Julio ha colocado los suyos.*

Yo he creído que te matabas.

ANDRÉS

Y tanto como me hubiera matado... si
Julio no me hubiera agarrado tan a tiem-
po... ¡Uf! ¡Cada vez que me acuerdo!...

Mira a Julio con agradecimiento.

JULIO

¡Vaya, vaya, no te acuerdes más y sécatel
Pausa.

MARCOS

¿Y tú, Clarisa? ¿No dices nada? ¿No te
has enterado de que por poco te quedas
viuda?

CLARISA

Seria.

Es cierto, Julio; ha salvado usted la vida
de mi marido.

JULIO

¡Vamos, déjenme ya en paz!

ANDRÉS

Medio en broma, medio en serio.

¿Quizás lo sientes?

CLARISA

Veo que estás mejor, Andrés... ¡Tienes gana de bromar!...

ANDRÉS

Mirando a todos.

¡Sí!... ¡Ahora me da risa!... ¡Si no es por Juliol!...

DOROTEA

Apostaría a que este accidente ha ocurrido también del lado de la Grande Marnière... ¡Es más traidora esa encrucijada!... Allí se mató Petit-Leduc el año pasado.

MARCOS

¿Estamos delante de la Grande Marnière? Yo creí que estábamos a su espalda...

DOROTEA

¡Ah! ¿Pero es que se han perdido ustedes en el monte?

DOROTEA

¿Un herido?

Descorre los cerrojos y abre la puerta. Marcos y Clarisa entran precipitadamente. Les sigue Julio, que sostiene a Andrés. Los recién llegados vienen pertrechados con arreos de caza: traen a la bandolera las carabinas. Andrés está lleno de nieve, como por haber rodado sobre ella. Es el único que no lleva escopeta.

CLARISA

Vamos, mujer, vamos. ¡Ya era hora!

MARCOS

Lleva una escopeta a la bandolera y en la mano la de Andrés.

¿Quería usted que reventáramos ahí fuera?...

DOROTEA

Mirando a Andrés, después de haber mirado hacia la puerta.

¿Pero qué les ha sucedido a ustedes?

ANDRÉS

Cojeando un poco.

Ha sido más el susto que otra cosa... ¡Afortunadamente!...

JULIO

Un traspíes. . . Ha rodado por la nieve.

MARCOS

¿Por la nieve? ¡Por un precipicio es por donde empezó a rodar! ¡Muchacho, qué susto! ¡Aun no me ha salido del cuerpo!

CLARISA

Dejando su carabina.

¡Ah, qué bien se está aquí!

JULIO

A Andrés.

Mira, ahí tienes un buen fuego. Siéntate...

Andrés se sienta. Julio se despoja vivamente de su escopeta y del saco de caza, que deja en un rincón de la derecha, al fondo, junto a la escalera. Mientras tanto, habla con Andrés.

¡Pero hombre, tranquilízate, caramba! ¡Estás temblando aún!...

ANDRÉS

¡Oh!... ¡He tenido un miedo horroroso!...

[10]

JULIO

Ande, ande, buena mujer... y vuelva usted pronto con unas buenas sopas. ¡Yo tengo un hambre caninal!

ANDRÉS

Que se ha vuelto y examina la habitación, dice de pronto y con voz vacilante, ligeramente temblorosa, mirando a la puerta de la Cruz.

¿Eh?... ¿Qué veo? ¡Ah!...

JULIO

¿Qué pasa?

CLARISA

A Julio, mirando a Andrés.

¿Qué le ocurre a ese?

ANDRÉS

Que ha dado unos pasos hacia la puerta de la Cruz y que se detiene otra vez más horrorizado.

¡Pero si es la puerta de la Cruz!

MARCOS

Volviéndose bruscamente.

¡La puerta de la Cruz!

[15]

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

ANDRÉS

Retrocediendo.

Estamos en casa del hombre. . .

MARCOS

Dando brutalmente un paso hacia la puerta de la Cruz.

¡Oh! ¡Es verdad! . . . ¡No hay duda! . . .
¡Ah! ¡Sí, he debido sospecharlo! ¡Pero yo
yo creía que estábamos detrás de la Grande
Marnière.

JULIO

Bueno; pero ¿de quién es esta casa?

ANDRÉS

Cada vez más excitado.

¿Esta casa? . . . ¡Del hombre que ha visto
al diablo!

JULIO

¿Eh?

CLARISA

Encogiéndose de hombros.

¡Bah! ¡Cuentos de la montaña!

[16]

MARCOS

Es lo más fácil; con la bruma de la tarde. . .
y luego la tormenta ha venido con la no-
che. . .

CLARISA

Sí. . . Gracias a que hemos visto la luz. . .

DOROTEA

¡Ay, señorita! ¡Pero usted debe estar muy
cansada! Vamos, siéntese: voy a traerle algo
caliente. . .

Acerca una silla.

JULIO

Se levanta y se dirige a Clarisa.

Es verdad, Clarisa; nadie se ocupa de
usted.

CLARISA

Gracias, Julio. Ocúpese usted de mi ma-
rido.

Julio contempla a Clarisa sin responder.

MARCOS

¡Qué tiempo tan infame! ¿Quién iba a

[13]

pensar?... ¡Cualquiera hace profecías sobre el tiempo en la montaña!...

Da una palmada a Andrés que está pensativo junto al fuego.

¡Eh! ¿Cómo andas tú? ¿Qué tal va esa pierna?

ANDRÉS

Levantándose y haciendo jugar la articulación de la pierna.

¡Ah! ¡Ya estoy muy bien! Nada más que un poco atontado todavía...

Durante este tiempo Dorotea ha sacado del aparador platos soperos que coloca sobre la mesa.

MARCOS

¿Podremos dormir aquí? ¿De quién es esta casa?

DOROTEA

Que comienza a subir renqueando la escalerilla, como si esta pregunta la hubiese hecho huir.

Están ustedes entre buena gente, señor... ¡que no les dejará morir de hambre ni de frío! Voy a avisar a mi amo.

Sube la escalera.

[14]

ANDRÉS

No hay más que una puerta como ésta en toda la montaña...

A la vieja que se ha detenido en la escalera.

¿Qué puerta es ésta?

DOROTEA

No es nada.

MARCOS

¿Por qué tiene esa cruz tan grande encima?

DOROTEA

¡Por nada!

ANDRÉS

Pero ¿a dónde se va por esa puerta?

DOROTEA

¡A ninguna parte!

Éntrese. ®

[17]

ESCENA II

LOS MISMOS, menos DOROTEA

JULIO

*Que se ha dirigido hacia la puerta de la Cruz y
que va a tocarla.*

Pero, ¿qué significa todo esto?

MARCOS

Deteniendo brutalmente el brazo de Julio.

No toques esa puerta. . .

ANDRÉS

Cerca de la ventana.

¡Tienes razón! ¡No hay que tocar a nada
en esta casa! ¡A nada! . . . Tenemos que marcharnos! . . .

CLARISA

Protestando.

¿Marcharnos?

JULIO

¿Marcharnos?

[18]

MARCOS

Sí. . . En esta casa no podemos estar.
Petit-Leduc sólo por haber golpeado, sin
saberlo, esa puerta en una noche de tormenta como ésta, fué hallado al día siguiente
en el fondo de la Grande Marnière.

JULIO

¡Vamos! ¡Qué notables sois! ¡Si Petit-Leduc se hubiera quedado aquí, no hubiera muerto!

ANDRÉS

¿Qué sabes tú? ¡Si yo te dijera que prefiero mil veces estar al borde de los precipicios mejor que quedarme en esta casa! . . .

JULIO

Pero ¿por qué?

MARCOS

¿Por qué? . . . ¡Porque es la casa de ese hombre! . . .

ANDRÉS

Ni más ni menos.

[19]

JULIO

Yendo hacia Clarisa.

¡Están locos de atar!

CLARISA

Que se está calentando los pies repantigada en el sillón.

¡Completamente! ¡Se ponen más majaderos con sus cuentos de viejas! . . .

ANDRÉS

¡No te rías! . . . Dicen que es verdad; absolutamente verdad.

MARCOS

El hombre ha dado pruebas de que lo es. . . Ya hace muchos años de esto.

JULIO

¿Qué prueba?

ANDRÉS

Si tienes interés, pregúntaselo a él y quizá te lo diga. Pero lo que es nosotros. . .

Hace con la mano señas de marcharse; recoge la escopeta y vuelve hacia la mesa.

[20]

JULIO

¡Pero qué locura! ¿En serio pretendéis que nos marchemos? ¿No estáis oyendo el viento que parece que va a tirar al suelo la montaña?

CLARISA

A Julio.

No les haga usted caso. Yo no me muevo de aquí.

A Andrés.

Si tú quieres marcharte. . . vete; yo no estoy tan loca para ir a despeñarme por esos riscos.

JULIO

¡Claro! ¡Como que sería una imprudencia imperdonable!

ANDRÉS

Bueno, bueno.

Contrariado.

Lo que queráis. Si nos sucede alguna desgracia, vosotros tendréis la culpa.

Vuelve a dejar la escopeta. Marcos le imita.

MARCOS

Hacemos muy mal en quedarnos; ya veréis como hacemos muy mal.

[21]

ESCENA III

DICHOS; DOROTEA

Que baja por la escalera.

DOROTEA

El amo saluda a ustedes. . . Bueno; antes de cenar, vengan, voy a enseñarles los cuartos. . .

Abre la puerta del fondo.

¡Ah! Pero ¿todavía están ustedes delante de la puerta? Si el amo les viera, se enfadaría mucho.

JULIO

Pero ¿qué historia es ésa de la puerta?

DOROTEA

Una historia que no le importa a nadie.

Sale con Marcos y Julio. Marcos ha cogido su escopeta.

ESCENA IV

CLARISA, ANDRÉS

ANDRÉS

Dispuesto a seguir a los demás; ha cogido también su escopeta para subirla a su habitación.

Eres insoportable; has hecho muy mal en obligarnos a permanecer aquí.

CLARISA

Con frialdad.

¿Por qué?

ANDRÉS

Señalando la puerta de la Cruz.

¿Te parece natural esa cruz sobre esa puerta?

CLARISA

Alterada.

Te aseguro, Andrés, que hay momentos en que te encuentro estúpido.

ANDRÉS

¡Sí; ya he observado que abundan esos momentos.

CLARISA

¡Es que siempre acabas por desesperarme con tu manía de contrariar a todo el mundo! Te estás poniendo tan inaguantable que ni tus mejores amigos te toleran. Julio ya no viene a vernos con tanta frecuencia como antes...

ANDRÉS

Sombrio.

Julio... es un buen amigo; yo le aprecio. Creo que antes me ha salvado la vida... ¡Bueno!... ¡Después de todo no ha hecho más que lo que habría hecho cualquiera en su lugar!... ¡Bueno! ¡Sea como sea! Si deja de visitarnos... ya me consolaré.

CLARISA

¿Cómo?

ANDRÉS

Sí.

Colérico.

[24]

He advertido que cuando está él delante es cuando me encuentras estúpido...

Sale.

ESCENA V

CLARISA; luego JULIO

MARCOS

Dentro.

¡Andrés! ¿Vienes o qué haces?

Clarisa mira con odio a Andrés mientras sale. Luego apoya las manos en la cara y se queda inmóvil, con la mirada fija y desesperada.

JULIO

Aparece en la puerta por la que acaba de salir Andrés.

¿No vas a ver tu cuarto?

ANDRÉS

En el pasillo.

Sí, sí.

CLARISA

¿No sabes? Está celoso.

[25]

JULIO

Sí. ¡Nos vigila su amigo!...

CLARISA

¡Julio! ¡Julio! ¡Julio!

Tendiéndole los brazos.

¡Mi Julio!

JULIO

Abrazándola enamorado.

¡Clarisa!

CLARISA

Con lágrimas en la voz.

¡No puedo, no puedo vivir entre esas dos
bestias insoportables! ¡No puedo ni verlos!
¡Ni verlos!...

JULIO

Inquieto.

Clarisa... te suplico...

CLARISA

¡Qué sereno eres tú! ¡Qué tranquilo y qué
dueño de ti! ¡Sin tu serenidad... hace un
momento!... Sí, ya sabes lo que quiero de-
cir. ¡No vuelvas la cabeza! Si no hubiera

[26]

sido por ti, él, a estas horas... ¡Tú le has
salvado! ¡Tú!

JULIO

Es cierto.

CLARISA

¿Y por qué lo has hecho?

JULIO

Estrechándola más.

¡Clarisa! ¡Clarisa! ¡Me das miedo!

CLARISA

Reteniéndole.

¿Te atreverás a decir que no has pensado
nunca...? ¿Crees que no he visto tus ojos...
algunas veces cuando me besaba delante
de ti?...

JULIO

¡Oh! ¡Clarisa!...

CLARISA

Si tus ojos hubieran sido pistolas...

[27]

JULIO

Si... Es el crimen de todos los amantes celosos... Pero afortunadamente los ojos no matan...

CLARISA

Con reproche casi feroz.

¡Por fortuna! ¡Por fortuna! ¡Eres un hombre ecuánime y ponderado! ¡Te felicito! ¡Pero yo!... ¿Qué soy yo, di? ¿Qué has hecho tú de mí? ¿Qué será de mí cuando tú te vayas? ¿No sabes que yo no puedo vivir sin ti? ¿Sabes lo que acaba de decirme? Que si no vienes nunca a vernos, ya se consolará. Te digo que sospechan algo, Julio; él y su amigo. ¡Te digo que no me quieres!

JULIO

¡Calla!... ¡Calla!... Bien sabes que te adoro más que a mi vida.

CLARISA

Insinuante.

¡Embustero! ¡Si hubieras querido! Si hubieras sabido querer lo que quieres...

Julio de espaldas al público. Clarisa mirándole con amor.

¡Cobarde!

[28]

ESCENA VI

DICHOS; MARCOS, ANDRÉS

ANDRÉS

Por la puerta del foro.

No hay más que dos habitaciones.

JULIO

Son bastante; yo me quedo aquí.

Pausa.

CLARISA

Podíamos quedarnos aquí todos. Podríamos jugar. Andrés tiene la baraja...

[29]

ESCENA VII

DICHOS; EL HOMBRE; después DOROTEA
que pone la mesa.

HOMBRE

Desde lo alto de la escalera.

Buenas noches, señores míos.

Desciende con aire señorial y tranquilo, pausadamente. Se ha vestido un frac de antiguo corte, pantalón corto de seda, zapatos con hebillas. Elegancia a lo Brummel. Inclínase con gran gentileza ante Clarisa.

Señora, estará usted muy fatigada y no puedo ofrecerle sino tan pobre hospitalidad...

CLARISA

¡Por Dios, señor! Somos nosotros los que no sabemos cómo excusarnos.

HOMBRE

¿De qué, señora?... ¿De haber traído una ráfaga de alegría a este rincón humilde?

[30]

JULIO

Aparte.

¡Pues si está muy bien el viejo éstel

Alto.

¿Nos permite usted, señor, que nos presentemos?

Mientras que Dorotea acaba de poner la mesa.

La señora Andrés Bruner y mis amigos Bruner, un verdadero suizo de los viejos cantones, instalado en este hermoso país desde hace años, y Toblietz, dos viejos compañeros de colegio de este servidor de usted, Julio Danglade, Jefe de Clínica de la Facultad de Nancy.

HOMBRE

Invitando a sus huéspedes a sentarse.

Señora... Señores...

Se sientan.

¿Qué les ha sucedido? Un accidente, según me han dicho...

Todos se sientan alrededor de la mesa. Marcos manifiesta cierta vacilación.

CLARISA

Poco ha faltado, en efecto, para haber sufrido un accidente. Mi marido ha dado un

[31]

resbalón... pero afortunadamente no ha sido más que un susto.

Dorotea trae la sopera y la deja sobre la mesa.

HOMBRE

A Clarisa.

La montaña es muy peligrosa con un tiempo tan horrible como éste. ¿Me permite usted que le sirva yo mismo? Una sopa de aldeanos.

CLARISA

Tiene un olor exquisito.

HOMBRE

Después de haber servido a Clarisa.

Sirve a estos señores, Dorotea... y trae una botella de mi viejo Burdeos... ¿De modo que les ha sorprendido a ustedes la tempestad?

CLARISA

Cuando menos lo pensábamos. Y esta mañana hacía un tiempo tan espléndido...

HOMBRE

¿Cómo? ¿Están ustedes cazando desde por la mañana? Son ustedes intrépidos.

[32]

JULIO

Intrépidos, no. Dóciles a la señora Bruner que nos ha traído más lejos de lo que pensábamos.

CLARISA

Y por culpa de usted, señor doctor, que nos ha extraviado. Parece mentira que siendo médico tenga tan poca sangre fría.

JULIO

Es verdad, yo soy muy nervioso.

CLARISA

Y como cazador... ¡la torpeza andando!

JULIO

Al Hombre.

Ya ve usted qué piropos... Afortunadamente estoy acostumbrado. Mis amigos se burlan constantemente de mi torpeza.

CLARISA

Ver la caza y hacerse un lío con la escopeta, todo es uno.

[33]

El Hombre que ha visto al Diablo

HOMBRE

Eso es peligroso.

ANDRÉS

Decidido a colocar su chiste.

Además, nuestro amigo se deja siempre olvidado en su casa el punto de mira.

JULIO

Comiendo.

¡Ya está! Lo esperaba. . . «Nuestro amigo se deja siempre olvidado en casa el punto de mira» . . . ¿Qué le hemos de hacer? . . . En la Facultad se han olvidado de incluir una asignatura: la caza del corzo. . . Y entre paréntesis, ¿sabe usted que esta sopa es admirable?

Andrés y Marcos no tocan a ningún plato.

HOMBRE

Sirviendo vino.

¿Y mi Burdeos?

JULIO

¡Estupendo! . . . Es de primera.

A Andrés y a Marcos.

¿Qué es eso, señores descendientes de Gui-

[34]

llermo Tell? ¿Es que no coméis? Propongo un brindis a la salud de nuestro amable huésped.

HOMBRE

Levantando su copa.

A la salud de usted, señora. . .

Después de haber bebido, a Andrés y Marcos que han dejado sus vasos intactos.

¿Estos señores no han tomado nada?

ANDRÉS

Yo no tengo gana.

MARCOS

Yo tampoco.

HOMBRE

Triste.

El exceso de fatiga, sin duda... ¿Han visto ustedes sus habitaciones? Es un fastidio; pero no tengo más que dos camas.

JULIO

Si a usted no le molesta, mis amigos y yo pensábamos pasar la noche aquí, en esta sala.

[35]

HOMBRE

Asombrado.

¿Aquí?... Pero esta señora necesitará descansar.

El viento redobla su furia.

CLARISA

¿Quién duerme con esta noche?

Al Hombre.

Además, estos señores tienen un proyecto...

Sonriendo a Julio.

HOMBRE

¿Un proyecto?

CLARISA

Pasar la noche jugando... No será la primera.

HOMBRE

Con voz sorda.

¿Jugando?

Un silencio.

¿Es usted aficionada?

CLARISA

Un poco. ¿Por qué no? Y a usted, ¿no le gusta el juego?

[36]

HOMBRE

Sombrio.

No... y además, aquí no hay con qué jugar.

JULIO

Nosotros tenemos cartas.

HOMBRE

Levantándose lentamente.

¿Han traído ustedes cartas?

A los otros que se levantan.

Siéntense, siéntense; están ustedes en su casa.

Un silencio.

Pueden jugar.

CLARISA

¿Acaso le hemos contrariado?

HOMBRE

No, no.

CLARISA

Sí, sí; es evidente.

[37]

HOMBRE

No, señora, le aseguro. . .

CLARISA

Es usted muy amable; pero comprendemos... En cuanto se habló de jugar... Nada, no se juega.

HOMBRE

Cortés.

Señora, yo le ruego. . .

CLARISA

En todo caso, no tenemos la menor prisa. No nos deje tan pronto.

Gentilmente.

Siéntese usted.

HOMBRE

Sentándose.

Mil perdones, señora.

Obediente y atento.

CLARISA

Amenazándole con el dedo.

Usted ha debido de ser un jugador terrible.

[38]

HOMBRE

Con solemne gravedad.

Esa es la palabra, señora. . . Terrible.

JULIO

Y como todo el mundo, habrá usted perdido.

HOMBRE

He perdido más que nadie, doctor; he perdido mi alma.

JULIO

¿Su alma?

HOMBRE

¿Usted no cree en el alma?

JULIO

Es una pregunta difícil de contestar... hasta para un profesor de la Facultad de Nancy.

HOMBRE

Hubo un tiempo en que yo tampoco creía ni en Dios ni en. . .

[39]

CLARISA

¿Ni en quién?

HOMBRE

¿Por qué me mira usted así?

CLARISA

¿Lo presume acaso?

HOMBRE

¿Y no le infundo temor?

CLARISA

No; lo que hace es interesarme.

HOMBRE

¿Y no le da a usted miedo encontrarse
esta noche en mi casa?

CLARISA

No. ¿Por qué?

HOMBRE

Pregúnteselo a estos señores que no han
tocado una miga de mi pan ni una gota de

[40]

mi vino. ¡Es que saben que mi casa está
maldita!...

JULIO

¡Vamos! ¡La historia esa que los locos de
este país han lanzado! Que usted ha visto al
diablo.

HOMBRE

Glacial.

¡Exactamente!

CLARISA

¿Cómo puede usted decir eso?

ANDRÉS

Brutalmente y con terror.

Silencio, cállate... ¿me has comprendi-
do? Hemos terminado. Que el señor *le* haya
visto o no *le* haya visto, es asunto suyo...
y que maldito lo que nos importa.

CLARISA

Tú estás loco, Andrés; estamos ha-
blando...

[41]

30434

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

ANDRÉS

No se debe hablar de ciertas cosas.

El viento y la tempestad braman con fuerza creciente.

¡Dichosa tormental!

HOMBRE

Sombrío.

Sí; hace muchos años que no había habido otra como la de esta noche.

CLARISA

Tiene el viento esta noche un sonar imponente.

DOROTEA

Entrando por el servicio.

Parece un perro cuando aúlla a la muerte.

HOMBRE

Con ira a Dorotea.

¡Silencio! ¿No sabes que tengo prohibido pronunciar esa palabra?

Mirándola enfurecido mientras desaparece por la puerta de servicio.

Señores, perdónenme; es que no puedo oír esa palabra. . . Ustedes no lo comprenderán.

[42]

Ustedes son jóvenes. . . pero yo. . . yo. . . Tengo tanto miedo, me horroriza tanto morir, que quisiera estar ya muerto para no temer ya nada.

JULIO

Ha habido casos de personas que se han matado por miedo de morir.

CLARISA

¡Cal. . .

HOMBRE

¡No, no se sonría usted! . . . ¡Yo lo comprendo bien! ¡Ah! Es una cosa horrible, horrible, eso de marchar cuando sabe uno que *él* le espera, y que *él* no se ocupará más que de uno, y que ya está ahí, quizá detrás de la ventana. . . detrás de la puerta, escondido, acechando. . .

El viento aúlla siniestramente.

CLARISA

Muy impresionada.

Entonces. . . ¿eso que se cuenta es verdad? ¿Usted le ha visto. . . al diablo?

[43]

HOMBRE

Levantándose.

Como la estoy viendo a usted, señora.

*Todos se levantan. Andrés y Marcos retroceden
aterroizados.*

JULIO

Burlón.

¿Y le ha costado mucho?

HOMBRE

Extendiendo los brazos.

¡Toda la fortuna del mundo!

JULIO

¿De verdad?

HOMBRE

Mirando a Julio con encono.

¿No me cree usted?

JULIO

Yo... la verdad; no.

HOMBRE

Sombrio y vacilante.

¿Y si se lo probase?

[44]

JULIO

Riendo.

Usted ha soñado sin duda...

HOMBRE

Es natural que usted dude. ¡Un hombre
de ciencia!...

JULIO

Conciliador.

¡Ah, la ciencia! No crea usted... después
de todo...

HOMBRE

¡Tampoco en ella cree usted! ¿En qué
cree, entonces?

JULIO

Es difícil... muy difícil de decir...

HOMBRE

Y mientras tanto, se burla.

JULIO

Nada de eso. Si no sé siquiera de qué se
trata.

[45]

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

HOMBRE

Yo se lo diré a usted. . . Ustedes hablaban del juego hace un momento. Yo me he arruinado en él. El juego me ha devorado millones. . .

Calla un momento.

CLARISA

¿Y luego?

Insinuante.

HOMBRE

En la época de mi historia, yo estaba arruinado y enamorado. Sí, quería locamente a una mujer riquísima, a la que mi ruina me obligaba a renunciar. . .

Pausa.

En suma, cierta noche me hallaba solo con mi desesperación en esta casa, único resto de mi perdida fortuna. . . Aquella noche empezó todo.

Larga pausa.

Yo estaba en esta habitación, mi escopeta cargada esperaba mi última voluntad en ese rincón, justamente donde está. . .

Mostrando el rincón donde Julio ha dejado su escopeta.

esa. . .

[46]

JULIO

¡La mía!

HOMBRE

Era una noche de gran tormenta, como ésta; pero de pronto el huracán calló. Abrí la ventana: la tempestad había cesado. Lo primero que vi fué, enhiesto sobre la Roca-plana, negro y recortado por la luna, un gran murciélago inmóvil. . . El lúgubre pajarraco me crispó los nervios con su manera fija y persistente de mirarme. . . Cogí la escopeta y disparé sobre él casi a boca de jarro. Yo tiro bien, pero el siniestro bicho ni se movió siquiera y siguió mirándome, mirándome y lanzando extraños graznidos. Me aparté de la ventana, me senté aquí mismo, y me puse a escribir mi última carta a mi prometida. Al levantar la cabeza vi enfrente, ahí, precisamente ahí,

Levantándose y mostrando la puerta

donde después hice poner esa puerta con esa cruz, y donde entonces había un gran espejo, vi que el espejo se movía y giraba sobre sí mismo. . . Me levanté sorprendido. El espejo servía de puerta a un armario; la cosa no podía ser más sencilla: su propio

[47]

peso la había hecho entreabrirse, y esto era todo. Me acerqué al armario y miré dentro. Había un montón de viejos libros, y cogí uno titulado *El Brujo del Jura*, que llamó en seguida mi atención porque sobre la cubierta estaba incrustado un gran murciélago negro, completamente igual al otro que momentos antes había querido matar sin conseguirlo.

A Julio.

Ya sé, ya sé que todo esto no prueba nada, pero... aguarde. Abrí el libro... Las dos primeras líneas me hirieron como si fuesen de lumbre; decían: «*Cuando sinceramente se quiere ver al diablo, no hay más que llamarle; al instante acude. Pero hay que llamarle de todo corazón.*» Arrojé el libro al armario y cerré la puerta. El espejo reflejó mi imagen. Mi palidez era tan grande que hubiera podido crearme frente a un cadáver. Desgraciadamente, el hombre que estaba ante el espejo no era un muerto, no; era un hombre vivo que llamaba al rey de los muertos. Sí, yo lo hice; yo que no creía en nada. De todo corazón yo le llamé en mi auxilio... ¡En mi auxilio!... Y de pronto, la figura que había en el espejo, habló... Habló y me dijo: «*Aquí estoy; abre el armario. ¿No ves*

que estoy encerrado? Abre.» Yo no me atrevía. Y entonces sonaron tres golpes en la puerta del armario... y la puerta se abrió sola...

En este momento se oyen claramente tres golpes secos y pausados en la puerta de entrada.

ESCENA VIII

DICHOS y GUILLERMO

Todos, impresionados, se vuelven con rapidez hacia la puerta de entrada, y el caballero retrocede instintivamente viendo la puerta que parece abrirse sola, muy despacio, como si alguien la empujara por fuera. Al fin abierta, deja ver en el umbral un hombre embozado en una capa y con un sombrero encasquetado que le cubre el rostro. El hombre permanece inmóvil un momento.

HOMBRE

Con rudeza.

¿Quién va?... ¡Ah! ¿Eres tú, Guillermo? Pasa, entra.

GUILLERMO

Sentándose vacilante y quitándose el sombrero.

No sabía que tuviese usted huéspedes... No hice más que empujar la puerta...

HOMBRE

¿Viste al Notario?

A los demás.

Perdonen ustedes; es mi criado, el nieto de la anciana que sirvió a ustedes hace un momento.

GUILLERMO

Sacando una bolsa de los pliegues de la capa y sacando papeles de sus sobres.

Aquí están los papeles.

Los deja sobre la mesa.

Y aquí está el precio del monte del Romeral.

Saca los billetes de un sobre y cuenta diez.

Diez mil. Justo. Está bien.

HOMBRE

Después de contarlos a su vez, vuelve a meter los billetes en el sobre y deja el sobre en la mesa.

Está bien, sí. ¿Tendrás hambre?

GUILLERMO

No. Comí un mendrugo en el camino.

HOMBRE

Leyendo uno de los papeles.

Bueno; anda, márchate a acostar, que estarás cansado.

GUILLERMO

Voy a dormir a casa del hortelano. Tenemos que hacer a primera hora.

HOMBRE

Necesito verte mañana por la mañana.

GUILLERMO

Sí; yo estaré aquí de vuelta bien temprano.

HOMBRE

Bueno; llévate todos estos papelotes. Ya los veremos juntos.

Sacando una cartera del bolsillo y metiendo en ella un sobre.

Diez mil... el monte del Romeral... ¿Qué te ha dicho el Notario?

Guarda la cartera en el bolsillo.

GUILLERMO

Que es regalado.

Se dirige hacia la puerta.

HOMBRE

La abuela y yo no te esperábamos con una noche tan mala.

GUILLERMO

Hubiera venido aunque fuese peor. No hubiera querido tener encima tanto dinero... Buenas noches.

HOMBRE

Adiós, hombre; buenas noches.

Guillermo sale.

ESCENA IX

EL HOMBRE, CLARISA, JULIO, ANDRÉS y MARCOS

El Hombre ha ido a correr el cerrojo de la puerta. Clarisa, impaciente, pregunta en seguida.

CLARISA

¿Y qué pasó luego?

JULIO

Después que la puerta del armario se abrió sola.

CLARISA

¿Qué había en el armario?

HOMBRE

Había algo que me quemó los ojos...
Letras de fuego.

Una sola palabra: «Ganarás».

Exaltándose.

JULIO

¿Cómo? ¿Ganarás?

HOMBRE

Bruscamente.

¿No comprende?... ¿No comprende?... El diablo había escrito mi destino en el fondo del armario con esa sola palabra: «Ganarás». Estaba arruinado por el juego; quería ser rico otra vez; y él me dice simplemente: «Ganarás». En una palabra me da todos los tesoros del mundo. Ganarás. Ganarás. ¿Comprenden ustedes ahora?

JULIO

¡Ya lo creo! ¡Conozco yo un montón de jugadores que tendrían mucho gusto en echar la vista encima a ese buen diablo.

HOMBRE

¡Ah, no! ¡Burlas, no! Al día siguiente amanecí sin sentido al pie del armario. Cuando me hicieron volver en mí... ¡Ah! ¡Nada había olvidado! ¡Nunca olvidaría ya! ¡Nunca!

[54]

JULIO

¿Y ha ganado usted?

HOMBRE

¡Siempre!

JULIO

¿Cómo? ¿Siempre?

HOMBRE

¡Siempre, sí! ¡Siempre!

JULIO

Es curioso.

HOMBRE

Bruscamente.

¿Piensa usted que miento?

JULIO

No. Pero pienso que ha sido usted víctima de una alucinación.

HOMBRE

Exaltado.

Sí, ya sé. ¡No es menester ser sabio para pensarlo! También yo lo creí; también yo.

[55]

Tomé dinero sobre esta casa; pocos días después volví al Casino, diciéndome: «Vere-
mos si esta vez con la ayuda del diablo. . .»
No acabé la frase. Cuando entré en el salón
subastaban la banca. La tomé en doscientos
luises. No había aún mediado la baraja, y ya
ganaba trescientos mil francos. Los puntos
no jugaban ya, asombrados al ver que no
perdía un solo pase. Pedí una continuación.
Nadie la quiso. Entonces tiré varios pases
sin posturas, sin dinero, por gusto. Perdí
todos los pases, todos los pases en que na-
die jugaba, lo que aún subrayaba mi estu-
penda suerte.

CLARISA

¿Y entonces?

HOMBRE

Quise estar bien seguro. Me puse a jugar
otra vez. A las seis de la mañana salí del Ca-
sino sin haber logrado perder una sola vez.

CLARISA

¿Ni una vez?

[56]

HOMBRE

¡Ni una vez!

CLARISA

¿Qué le parece a usted, Julio?

JULIO

Se levanta y va hacia la chimenea.

¿Qué me parece? Que me gustaría jugar
una partida con el señor.

ANDRÉS Y MARCOS

En voz baja y rápidamente.

No, Julio; no. ¿Para qué?

JULIO

Vamos. ¡Dejadme!

HOMBRE

Entonces, señores, es que no han com-
prendido que yo no puedo perder.

JULIO

Burlón.

¡Sí, sí! Perfectamente comprendido. Ven-
gan las cartas.

[57]

CLARISA

¿Y con todo aquel dinero se casó usted con la que quería?

HOMBRE

No, señora. Yo que no creía en nada, comprendí aquel día que estaba condenado. Cuando se está condenado no se puede ya pensar en casarse con un ángel.

CLARISA

Se levanta.

¿Pues en qué se piensa entonces? Para eso no valía la pena de llamar al diablo.

Con vehemencia.

A mí me gusta la gente que sabe querer lo que quiere.

JULIO

Vengan las cartas.

ANDRÉS

Julio, no hagas eso.

MARCOS

Haces mal, Julio; no hagas eso.

[58]

HOMBRE

Curarme. ¡Lo he hecho todo para intentarlo!

JULIO

Todo, no. No ha echado un pocker conmigo. ¿Hace mucho tiempo que no juega usted?

HOMBRE

Sentándose, mira las cartas que Julio ha distribuido sobre la mesa.

Desde entonces, nunca; desde que volví a enterrarme en esta casa, nunca. ¿Por qué han traído ustedes cartas?

JULIO

Cogiendo las suyas.

¿Qué jugamos?

HOMBRE

Dejando sobre la mesa la cartera en que metió el sobre.

Lo que usted quiera. Le juego todo lo que hay en esta cartera. Después le jugaré a usted todo lo que quiera.

[59]

JULIO

Muy bien.

Volviéndose a sus amigos.

¿Vamos a medias?

ANDRÉS

No, no; yo no juego.

MARCOS

¡Ni yo, ni yo!

CLARISA

Yo sí. A medias usted y yo.

ANDRÉS

Nada de a medias. No quiero que juegues.

CLARISA

Como quieras.

HOMBRE

Ahora, señores, reclamo silencio.

JULIO

¿Quién da? El primer rey.

Distribuye las cartas.

¡Ah! ¡Usted!

[60]

HOMBRE

¡Ve usted! ¡Ya! El primer rey.

JULIO

¡Bah! ¡Eso no quiere decir nada! Usted da. Vamos a ver. Yo no he conseguido perder nunca. Ahora veremos.

HOMBRE

Después de barajar.

Corte.

Julio corta. El Hombre ve las cartas. Julio ve las suyas.

JULIO

Yo quiero dos.

HOMBRE

Yo ninguna.

CLARISA

Que está mirando las cartas del Hombre.

¿Cómo? ¿Ninguna con esas cartas?

HOMBRE

Ninguna. Ya ve usted que hago lo posible por perder.

[61]

JULIO

Descartándose.

Y lo conseguirá usted. Veinte luises.

HOMBRE

Tengo pareja de reyes.

JULIO

Yo tengo *full hand* de ases. Ha perdido usted. No cambie, que ahora le voy a jugar su resto.

CLARISA

Sonriendo.

Me parece que el monte del Romeral cambia otra vez de dueño.

Julio recoge las cartas y baraja. El Hombre se enjuga la frente sin decir palabra.

HOMBRE

Viendo sus cartas. A Clarisa con amargura.

¿Ve usted?

CLARISA

¡Sí; ahora...

JULIO

Burlón.

¡Sí; ahora...!

[62]

MARCOS

Detrás de Julio, entusiasmado.

¡Sí; ahora...!

JULIO

Con decisión.

A su resto.

HOMBRE

Tembloroso.

¡Val! ¡Pocker de reyes!

JULIO

No está mal. ¡Pero tengo pocker de ases!
¡Ah, amigo mío! ¿No le dije a usted que no hay quien me gane?

MARCOS

Es increíble.

ANDRÉS

Julio tiene mucha suerte.

HOMBRE

Aturdido por la alegría, entusiasmado, fuera de sí.

¡No es posible! ¡No es posible! ¡He perdido! ¡He perdido!

[63]

JULIO

¡Ya lo creo que ha perdido usted!

Dándole amistosamente con la mano en el hombro.

Vamos. ¿Ve usted como no se debe creer todo lo que dice el diablo?

En este momento el viento vuelve a silbar con tono cada vez más lúgubre.

HOMBRE

Temblando de gozo, toma la cartera que hay sobre la mesa.

¡Señores! ¡Ah, señores, qué inmensa alegría! ¡Benditos, benditos sean! Tome usted... tome usted los diez mil francos.

Mientras lo dice, busca en la cartera los diez mil francos. Los busca y no los encuentra. Los demás se turban a la par de él viendo que no hay nada en la cartera; porque todos le han visto antes meter en ella el sobre con los billetes.

Pero ¿dónde están?... ¿Dónde están?...

Más alto.

¿Dónde están? Ustedes los han visto... Yo los puse aquí... ¡Ustedes lo vieron!...

[64]

TODOS

Estupefactos y aterrados.

Sí, sí... ¡Lo vimos! ¡Ahí estaban! ¡Ahí los puso usted!

HOMBRE

Fuera de sí.

¡Aquí! ¡Aquí los puse!

Registra sus bolsillos.

¡Regístrenme! ¡Regístrenme!

Clarisa registra la cartera.

CLARISA

No hay nada.

HOMBRE

Aterrado.

He jugado lo que había en la cartera, y en la cartera no había nada.

Se oyen tres fuertes golpes en la puerta de entrada. Con voz temblorosa.

¿Quién va?

GUILLERMO

Fuera.

Soy yo. Guillermo.

El Hombre va a abrir.

[65]

El Hombre que ha visto al Diablo

ESCENA X

LOS MISMOS; GUILLERMO

HOMBRE

¿Qué quieres?

GUILLERMO

Entrando.

Ustedes perdonen. . . Creí que le había
dejado a usted antes los diez mil francos.

MARCOS

Con terror.

¡Y así fué!

GUILLERMO

Por lo visto no. . . puesto que aquí están.
Se conoce que los cogí en su sobre sin fijar-
me, al recoger los demás. . .

ANDRÉS

El señor

los cogió.

Indicando al Hombre

[66]

HOMBRE

¿Cómo te has dado cuenta?

GUILLERMO

Al pasar junto a la Grande Marnière, un
golpe de viento me ha abierto el saco. Metí
la mano para que no se me volaran los pa-
peles. . . y toqué los diez mil francos. . . Si
me hubieran vuelto por el aire ellos solos,
no me hubiera asombrado más. . . porque
es lo que yo decía. . . En fin. . . aquí están. . .

Abre el saco.

CLARISA

Es extraordinario.

JULIO

Sí. . . yo hubiera asegurado. . .

*Marcos y Andrés contemplan a Guillermo con
terror.*

GUILLERMO

*Después de haber entregado los diez billetes de
a mil al Hombre.*

Aquí están; ahora no hay equivocación.
¡Esta vez no me los llevo! Buenas noches,

[67]

señores. Decididamente voy a dormir aquí,
señor. Me levantaré más temprano mañana.

Sale por la puerta de servicio.

ESCENA XI

LOS MISMOS, menos GUILLERMO

HOMBRE

Como hipnotizado por los billetes.

Juguemos ahora. Habíamos jugado sin nada. Aquí hay dinero. Van los diez mil de una vez, al que tenga más juego. Los diez mil y el infierno encima.

JULIO

Usted da.

HOMBRE

Corte.

JULIO

Voy por todas.

[68]

HOMBRE

Cogiendo las cartas una a una.

Un rey... otro rey... otro rey... otro rey... ¡Royal Pocker! ¡La mayor jugada! ¡Ah! ¡Como siempre! ¡Como siempre! ¡Como siempre!

Arroja las cartas al fuego.

¡Que se quemen! ¡Que se quemen!

Fuera de sí, frenético, con vacilante paso, trepa por la escalera y sale repitiendo:

¿Por qué han traído cartas? ¿Por qué han traído cartas? ¿Por qué han traído cartas?...

ESCENA XII

LOS MISMOS, menos EL HOMBRE

Andrés y Marcos están aterrados. Los otros dos no pueden ocultar su gran impresión.

ANDRÉS

¡Ni un minuto más en esta casa! ¡Ni un minuto!

La tormenta arrecia; se oye un trueno.

JULIO

¿Pero estás loco?

[69]

MARCOS

Puede que sí...

ANDRÉS

Bueno; pues si no se puede salir, vámonos a los cuartos.

CLARISA

Podíamos quedarnos jugando.

ANDRÉS

May bruscamente.

Mañana tenemos que levantarnos temprano, y además arriba hay buena cama; estaremos mejor que aquí.

JULIO

Sombrio.

Yo, aquí me quedo.

ANDRÉS

A Clarisa.

¡Subel...

CLARISA

¡Cualquiera duerme después de esa historia! Bien estamos aquí.

[70]

ANDRÉS

Furioso sale empujando la puerta.

¡He dicho que no! ¡Arriba ahora mismo!

CLARISA

Bueno. ¡Ya voy!

Andrés y Marcos salen.

ESCENA XIII

JULIO y CLARISA

JULIO

Anda, Clarisa, sube.

CLARISA

En voz baja.

¡Ah! No quisiera separarme de ti esta noche... ¡Me da miedo estar con él!

JULIO

No hay más remedio, vida mía...

CLARISA

¡Calla! ¡Tú tienes la culpa! ¡También nosotros hemos tenido el diablo de nuestra

[71]

partel... ¡Pero los hombres no saben querer lo que quieren! Ya ves ése... ¡Llamó al diablo para ganar, y ahora llama a Dios para perder! Y tú mismo... si hubieras sabido querer lo que quieres... ¡Andrés no me estaría ahora esperando!

Calla... Calla... No me hagas pensar en eso.

ESCENA XIV

LOS MISMOS y ANDRÉS

ANDRÉS

En el pasillo; después se asoma a la puerta.

Clarisa, ¿vienes o no vienes?

CLARISA

Tranquila.

Sí. Estaba preguntando a Julio si no le importaba quedarse así... solo... cara a cara... con el diablo.

Sale riendo.

ANDRÉS

Buenas noches, Julio.

La habitación está débilmente iluminada con una sola lámpara, porque hace un momento Dorotea ha entrado a apagar la otra que estaba sobre la mesa.

ESCENA XV

JULIO, solo.

JULIO

Cara a cara con el diablo...

Mira en torno suyo como si se despertase de una pesadilla. Va a la ventana, la abre y empuja las persianas. El resplandor azulado de la luna ilumina la estancia. De pronto se asoma a la ventana.

¡Qué soledad! ¡Qué tristísimo paisaje!

De pronto cierra presuroso las persianas y se vuelve.

¡Un murciélago! ¡El pajarraco del viejo quizá!

Adelantándose.

Bueno, ¿y qué? ¿Qué me pasa?

Vuelve a la ventana y mira fuera.

Sigue ahí... inmóvil y tieso como un pájaro

de bronce. La verdad es que resulta un poco... impresionante.

Yendo hacia la puerta de la Cruz.

Es la historia del viejo que se le queda a uno... Ahí la puerta, la famosa puerta.

La mira, la palpa, tira de ella.

¡Está fuerte! Conmigo no se abre sola.

En este momento la puerta de la Cruz cruje y se abre lentamente, descubriendo un gran espejo. Julio retrocede vivamente sin poderlo evitar.

¡Ah! ¡Ah! El famoso espejo. ¡El espejo del armario! ¡Hola, Julio! ¡Qué pálido estás, hombre! Veamos ahora el armario.

Hace esfuerzos para abrir el armario.

¡Si el diablo tira por dentro, tenemos para un rato!

El espejo cede y sigue el mismo movimiento que la puerta de la Cruz.

¡Ah!

Contemplando el armario.

Bueno, ¡pero si es un armario de lo más inofensivo!

Toma la lámpara e ilumina el fondo del estante.

Libros... ¡Hombre! Y aquí... aquí letras grabadas en la madera enrojecida.

Levantando la lámpara.

«Ganarás». Entonces... ¿no había soñado

el viejo? ¡Bah! Será una antigua inscripción que le habrá hecho ver visiones...

Dice estas palabras con cierta vacilación, porque está cada vez más impresionado. Contempla los libros en el estante: toma uno y lo cierra al momento.

¡Ah! ¡Ah! ¡El libro del brujo del Jural!

Deja la lámpara sobre un mueble, abre el libro y dice:

¡Es curioso! ¡Muy curioso!...

Leyendo:

«Cuando sinceramente se quiere ver al diablo, no hay más que llamarle. Al instante acude. Pero hay que llamarle de todo corazón.»

Lee aún unos momentos en silencio; luego cierra el libro y dice golpeando la tapa con la mano:

Es curioso; muy curioso. Este pajarraco aquí... y el otro allí... Sin embargo, con una bala certera...

Coge su escopeta.

Sí, pero yo... yo estoy seguro de errar el tiro; como dice Andrés... me dejo en casa siempre el punto de mira...

Furioso, súbitamente.

¡Ah, ese Andrés! ¡Qué odiosa bestia! Clarisa tiene razón; cuando la besa delante de mí...

Tiene la escopeta como el cazador en acecho.

Hay momentos en que sería capaz. . . en que quisiera. . .

Febril

quisiera. . .

En este momento el espejo cruje levemente y Julio vuelve la cabeza.

¡El armario se abre! . . .

Deja lentamente la escopeta sobre la mesa y andando rítmicamente se dirige hacia el espejo repitiendo:

¿Qué es lo que quisiera?

Su imagen, reflejada en el espejo, sale del espejo.

¿Qué es lo que quisiera?

ESCENA XVI

JULIO; EL OTRO

JULIO

Con voz sorda y ahogada.

¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿De dónde vienes? ¿Eres el diablo?

Uno y otro avanzan y retroceden a la par, frente a frente y haciendo movimientos idénticos, pero contrarios, como si el uno fuese simétrico reflejo del otro.

[76]

Me das miedo. . . ¿Qué me traes? ¿Voluntad? . . .

Ambos acercan lentamente la mano hacia la escopeta.

¡Querer! . . . ¡Eso es todo! ¡Y ya no se burlaría nunca más de mí! ¿Eh? . . . ¿Qué? . . . ¿Qué has dicho? Siempre es fácil creer que una escopeta no está cargada. . . ¿Que no está cargada? . . . ¿Eres el diablo o el fondo de mi pensamiento? ¡Un accidente! . . . ¡Has dicho un accidente! . . . ¡No te vayas! ¡No te vayas aún! ¡Cuando estás ahí me siento tan fuerte! . . . ¡Tú eres el verdadero yo! ¡Me da miedo del día que va a borrar tu sombral! ¿Eres tú el que ha poco salió del espejo? ¿Dónde estás ahora? ¿Dónde estás?

El Otro ha vuelto a entrar en el espejo. Julio se precipita hacia él; pero cuando va a tocar el espejo se rompe, y Julio cae desvanecido, mientras el reflejo desaparece.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. — Obscuridad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA I

JULIO tendido al pie del espejo; después MARCOS
y ANDRÉS

Andrés y Marcos están ya preparados para marchar y traen
el fusil en bandolera.

MARCOS

¡Julio!

*Se adelanta. Va a la ventana y la abre. Es la
aurora de un claro día. Andrés entra, descorre
el cerrojo de la puerta y abre.*

ANDRÉS Y MARCOS

Descubriendo a Julio al pie del espejo.

¡Ah! ¿Qué ha ocurrido?

Levantán a Julio y le llevan hacia la butaca.

MARCOS

¡Y la puerta del diablo está abierta!

ANDRÉS

¡Ya dije que nos traería una desgracia!

Sientan a Julio en la butaca. Julio suspira.

[80]

MARCOS

Ha suspirado. Debe de venir de lejos...

ANDRÉS

¡Acaso más lejos de lo que crees!...

*Mientras recobra el sentido le contemplan con
ansiosa curiosidad.*

JULIO

Volviendo en sí.

¿Qué es? ¿Qué?

Reconociendo a Andrés.

¡Andrés! ¡Tú, tú! ¡Ah, tú!

Le estrecha las manos con efusión.

ANDRÉS

Te hemos encontrado desvanecido allí, al
pie del espejo. ¿Qué? ¿Te metiste donde
no te llamaban, eh?

JULIO

Temblando y aturrido.

¡Ah! Una pesadilla... ¡Un sueño espanto-
tosol! Entonces... ¿De verdad me habéis
encontrado allí, junto al espejo?

MARCOS

¿No te digo? Ahí en el suelo, desmayado.

[81]

JULIO

Confuso.

Sí, sí... me acuerdo... ahora me acuerdo... Quise dármelas de... Abrí la puerta de la Cruz... y luego...

MARCOS Y ANDRÉS

¿Y luego?

JULIO

Y luego... me acometió un vértigo... un... así de pronto... eso es... y he tenido un sueño... un sueño...

Se levanta y estrecha las manos de Andrés.

ANDRÉS

¿Qué le pasa?

JULIO

Cada vez más cariñoso.

Mi buen Andrés, mi viejo amigo... Te quiero mucho. ¿Sabes?

ANDRÉS

Nunca lo he dudado.

[82]

JULIO

¡Qué estúpidos son los sueños!

Mirando en torno suyo.

¡Qué estúpidos!

MARCOS

¿Qué buscas?

JULIO

Mi escopeta.

ANDRÉS

Dándosela

Aquí tienes tu escopeta.

JULIO

Febril.

¡Trae! ¡Trae!

La desmonta.

¡Ah! No está cargada. ¡No está cargada!

Sopla en los dos cañones.

¡No está cargada!

MARCOS

¡Mira también éste! ¿Cómo quieres que esté cargada?

[83]

JULIO

Alegre.

¡Ha mentido el diablo!

ANDRÉS

Qué, ¿también tú le has visto?

JULIO

¡Si le he visto! ¡Ya lo creo que le he visto!
¡Ah, muchachos, qué sueño! Os lo tengo
que contar.

CLARISA

Fuera.

¡Juli! ¡Andrés!

JULIO

¿Cómo? ¿Clarisa fuera? ¿Ha salido ya?

Deja la escopeta junto a la escalera.

ANDRÉS

Sí. Nuestro cuarto da a la terraza. Se ha
levantado antes que ninguno.

CLARISA

Fuera.

Venid, hombres, venid a ver el sol. ¡Si
vierais qué hermoso está esto!

ANDRÉS

Ahora nos contarás eso.

Sale y los otros detrás. Se oyen sus exclamaciones fuera.

¡Es magnífico! ¡Delicioso!

ESCENA II

DOROTEA; luego GUILLERMO

DOROTEA

*Entrando por la puerta de servicio ve en seguida
que está abierta la puerta de la Cruz.*

¡Ah! ¿Quién ha hecho eso? ¿Quién se ha
atrevido a tocar?...

*Deja en la mesa las tazas y la jarra de leche que
traía.*

GUILLERMO

En lo alto de la escalera.

¿Qué pasa?

DOROTEA

¡Han abierto la puerta y el espejo, que
está roto!

GUILLERMO

Bajando.

Eso... el espejo roto... ¡Señal de desgracia! ¿Dónde están? ¡El amo no quiere verlos más! Me ha dicho que les lleve sus bártulos hasta la Quinta, y luego que hayan pasado la Grande Marnière, que me venga para acá. El amo no quisiera que les ocurra nada; pero está deseando que se larguen de aquí. El saco

Colgando del hombro el que está en el suelo y las escopetas.

Se pone a la bandolera la escopeta de Julio, única que queda en la casa, porque Andrés y Marcos se han llevado las suyas.

¿Hay algo más? No.

Se dirige hacia la puerta de salida.

La verdad es que...

Mirando la puerta de la Cruz.

¿Por qué habrán tocado esa puerta?

DOROTEA

¡Si el amo lo ve, bueno se va a poner!...

GUILLERMO

En la puerta.

¡Bah! No te apures. ¡Ahora vendré yo a arreglarte la puerta!

DOROTEA

Disponiendo las tazas sobre la mesa.

Más vale... ¡Porque lo que es yo no me atrevo a tocar ahí! Pregúntales si quieren tomarse una taza de leche antes de irse.

GUILLERMO

¿Sí? Bueno; pero no les entretengas.

Sale.

DOROTEA

Mirando a la puerta.

¡Herejes!

GUILLERMO

Apareciendo en la ventana.

Mira tú, abuela; ahí está ese dichoso murciélago.

DOROTEA

Corriendo a la ventana.

¡Ese dichoso murciélago! ¡Bueno, bueno, déjale! ¡Déjale, Guillermo! ¿Oyes?

HOMBRE

Desde su cuarto.

¡Guillermo! ¡Guillermo!

DOROTEA

Anda, Guillermo, que te llama el amo.

ESCENA III

DOROTEA; JULIO; CLARISA; MARCOS; ANDRÉS
y GUILLERMO

JULIO

*Que entra y sale varias veces. Entrando seguido
de Clarisa, alegremente.*

¡Que sí! ¡Que sí! Buenos días, buena
mujer.

Dándole una propina.

Tenga, por la rotura del espejo.

CLARISA

Mirando hacia el espejo.

Cuénteme, cuénteme usted eso.

MARCOS

Ahora, en el camino.

DOROTEA

¿Quiere un poco de leche la señora?

[88]

CLARISA

Con mucho gusto.

ANDRÉS

Bueno, pero aprisa, aprisa.

*Guillermo entra. Dorotea le indica con un gesto
la habitación del Hombre.*

DOROTEA

Te llama.

Sirve la leche a Clarisa.

GUILLERMO

*Dejando la escopeta en el mismo sitio de donde
la tomó.*

Ya voy.

*Sube prestamente la escalera. Los cazadores no
han prestado atención alguna a Guillermo. Ju-
lio ni le ha visto siquiera.*

JULIO

*Respondiendo en seguida a la pregunta de Do-
rotea.*

Yo también tomaré un poco de leche.

MARCOS

¡No acabaremos nunca!

[89]

JULIO

Bebiendo.

De todos modos no vamos a irnos sin dar las gracias a nuestro huésped.

ANDRÉS

Ya se las darán en nuestro nombre. A lo mejor estará aún acostado.

CLARISA

A Julio, de pie, mientras bebe a pequeños sorbos.

¿De modo que ha visto usted al diablo?
¿Qué tal es? ¿Guapo?

JULIO

Se parece a mí, Clarisa.

CLARISA

No está mal. ¿Y qué se han dicho ustedes?

MARCOS

Vamos, hombre. ¡Ahora hablaremos de todo eso!

ANDRÉS

Sí; en el camino nos contará su historia. . .

[90]

Si nos damos un poco de prisa encontraremos a los corzos en el monte Huon. . .

JULIO

Dejando su taza, toma su escopeta y dice bromeando:

Entonces aún vamos a hacer una buena batida.

ANDRÉS

Cerca de la puerta; a Julio.

¡Sí, sí! Pero tú no te dejes olvidado el punto de mira.

JULIO

¿Ya empiezas? Pues mira, terminaré de contar mi historia. En mi sueño acababas precisamente de darme la lata con tu punto de mira, y yo te apunté a la cara.

ANDRÉS

¡Ah! ¿Por eso has mirado en seguida si tu fusil estaba descargado?

JULIO

Claro. ¡Por eso! Y te dije: «Hijo de Gui-

[91]

llermo Tell, ¿qué quieres que te atraviase?

Se echa la escopeta a la cara y apunta a Andrés.

¿El ojo derecho o el izquierdo?»

ANDRÉS

¡El ojo derecho!

Julio aprieta el gatillo y el tiro sale. Andrés cae al suelo. Gritos de espanto de todos. Los dos hombres se precipitan sobre Andrés. Julio está como loco.

JULIO

¡Le he matado!

MARCOS

¡Andrés! ¡Andrés!

Ambos se arrojan junto al cuerpo de Andrés.

GUILLERMO

Acudiendo y bajando como un loco la escalera.

¡Desgracia! ¡Desgracia! ¡La escopeta!

Se arroja junto al cuerpo de Andrés.

JULIO

Abrazado al cuerpo.

¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? ¡Andrés! ¡Mi viejo amigo!

[92]

MARCOS

¡Está muerto!

JULIO

Que tenía apoyada la cabeza en el pecho de Andrés, en el silencio angustioso de todos, se levanta con cara de horror.

¡Muerto!

CLARISA

Que apoyada en la mesa muestra un semblante aterrado, repite con los ojos llenos de terror y mirando con intención a Julio.

¡Muerto!

JULIO

Acabando de levantarse, fuera de sí.

¿Quién ha cargado la escopeta?

Se vuelve hacia la puerta de la Cruz.

GUILLERMO

Arrodillado, alzando los brazos al cielo.

¡Yo he sido! ¡Yo!

JULIO

¿Usted?

GUILLERMO

¡Yo, sí! ¡Yo he sido!

[93]

JULIO

Pero ¿por qué?

GUILLERMO

Había ahí un murciélago grande; quise matarlo; vi la escopeta de usted; la cargué. En el mismo momento me llamaron. . .

JULIO

Apartando con el gesto a Guillermo y mirando siempre hacia el armario.

¡No! ¡No! ¡Yo sé bien, yo sé quién ha cargado la escopeta!

Recogiendo el arma del suelo con un gesto convulsivo.

¡Pero aún queda un cartucho!

Guillermo y Clarisa se precipitan sobre Julio.

GUILLERMO

¿Qué hace usted? ¿Qué quiere usted hacer?

CLARISA

Bastante es una desgracia.

Guillermo arrebató la escopeta a Julio.

[94]

JULIO

Rechazando a Clarisa, que ha ayudado a Guillermo a desarmarle.

¡Ah, tú, Clarisa! ¡No te conozco! ¡No te conozco! ¡No quiero verte más! ¡Tú le has matado! ¡Tú!

CLARISA

¡Yo!

JULIO

En el paroxismo del delirio.

Sí. ¡Tú, tú! ¡Tú has matado a mi amigo! Tú has puesto la muerte en la escopeta. ¡Tú, que me enviaste *al otro* esta noche! ¡Tú! ¡Que no te vea yo más! ¡Nunca! ¡Nunca!

HOMBRE

Apareciendo en lo alto de la escalera, dice con una voz de ultratumba.

¡Desgracia! ¿Quién ha tocado esa puerta?

Durante todas estas últimas palabras se oye la voz de la vieja, que no cesa de decir: «¡Desgracia! ¡Desgracia!» y el gemido de Marcos, que, inclinado sobre el cadáver, no deja de llamar lúgubrementemente: «¡Andrés! ¡Andrés! ¡Andrés!»

TELÓN

